

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

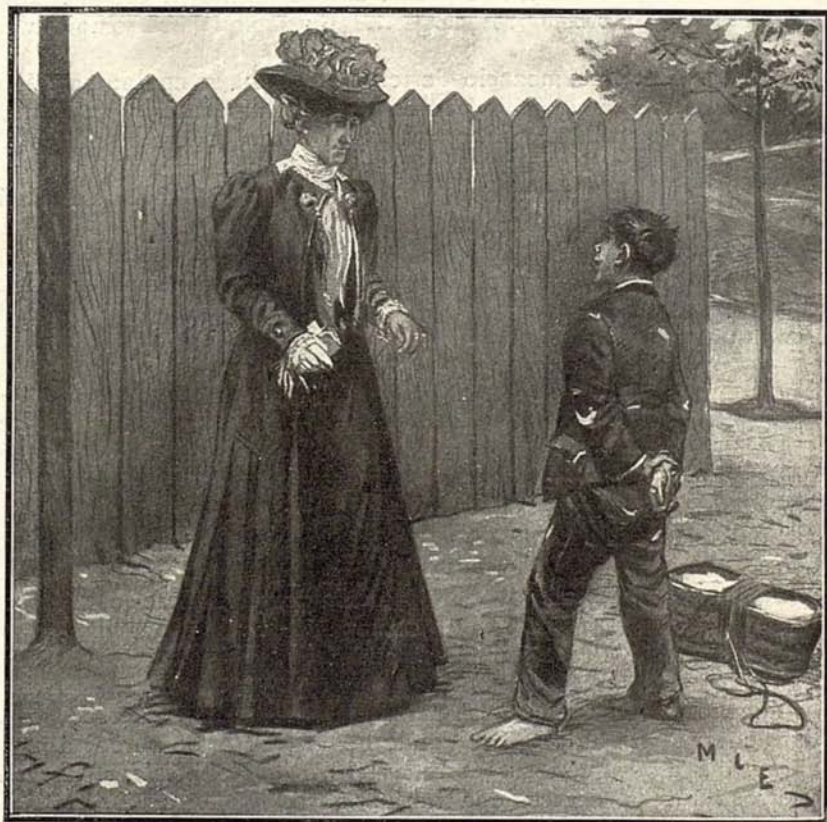


NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO III.

MADRID, 26 DE ABRIL DE 1908

NÚMERO 17



SEBASTIANILLO

Muchacho feo, patizambo y narigón era el tal Sebastianillo, que se ganaba la vida, como se la ganan muchos de esos golfitos que no tienen padre ni madre, vendiendo arena por las calles.

—¡El arenero...! ¡Arenaaa...!—gritaba el mozo. Y los transeuntes cuyo tímpano hería la acerada voz de Sebastián, gruñían un «¡Malos demonios te lleven», y apretaban el paso por no oír el pregón.

No se presentaba muy bueno el oía para el «industrial». Eran más de las once, y aún no había despachado ni un grano de su pesada mercancía. Con desconsuelo fijábanse sus ojos en puertas y balcones para ver si encontraba alguna alma caritativa que le llamase para cambiar el contenido de sus sportillos por algunos céntimos, ó bien por sombreros viejos, armaduras de paraguas, frascos ó botellas.

—¡Maldita *sia*, hombre, ¡*mia que está guasoncibilis* el día!—murmuraba.—*Dende* las seis de la mañana *anda* que *t'andarás* desempedrando las calles y *entavía* sin despachar una perra chica... ¡Maldita *sia*... El *Rata* ya ha *vendio* tres cargas... ¡*Cuidiao* que *tien* sombra algunos...!

En las pupilas del mozuelo destellaba un rabioso enojo: mascullando la colilla de un cigarrillo pegaba furiosas chupetadas, y densa nube de humo acre y mal oliente, esparcía una aureola sobre la cabeza del granuja, mal peinada, pringosa y deforme, que se cubría con un guñapo de seda que, sin duda en sus buenos tiempos, fué gorra de algún chulapón presumido.

—¡Arena ..! ¿Quién quiere arena...? ¡El arenerooooo...!

¡Que si quieres...! Nadie se asomaba á llamar á Sebastianillo. Este, ala que ala, proseguía su camino malhumorado, y renegando de su sombra.

—¡Si yo «liquidase» esta arena, que *pa* mí que no la «liquido», podía entrar *ca* del tío Roque y echar una copilla *ú* dos, que bien las *nesecito*, porque tengo el *gaznate* lo *mesmo* que una alpargata.

Parábase el muchacho de vez en cuando para contemplar á los señoritos que por las aceras caminaban tan risueños, charlando con señoritas tan guapas, tan bien vestidas, adornadas con alhajas que lo menos valía cada una de éstas el importe de acarrear arena veinte años.

El, en tanto, descalzo y andrajoso, iba desgarrándose los pies con el empedrado del arroyo, sin otra compañía que las sportillas, y por toda diversión el desgañitarse, voceando:

—¡Arena!... ¡El arenerooo!...

Y menos mal si vendiese la mercancía, que, al fin y al cabo, quedábase libre la tarde para irse donde bien quisiera, de bureo, á jugar al *chito* ó á la *taba*, con sus cofrades *el Pira*, *el Centinela*, *el Escucha* y otros ilustres próceres de la truhanería.

Pero, ¡para jueguecitos estaba él!... ¿Con qué cara iba á presentarse á sus compañeros, sin haber despachado ni una sola de las sportillas...? Su dignidad «profesional» no le permitía hacer lo que tantos otros que eran unos sinvergonzones de primera... Se iría al cuartel de la Montaña, y allí satisfaría el hambre y daría descanso á su cuerpo.

Sebastianillo, la gorra hasta las orejas, el cigarro apagado, los pies hechos una lástima, huraño el semblante y la frente arrugada por el despecho, emprendió la caminata hacia la montaña del Príncipe Pío

Aquel día, ó el ranchero se había vuelto loco ó los soldados comieron como Heliogábalos, porque, contra toda costumbre, pasó una hora, y luego otra, desde que sonó el toque de rancho, y la marmita con las sobras no parecía, dejando chasqueados, cariacontecidos y más hambrientos de lo que ya estaban, á Sebastianillo y una veintena de pobres que, sentados en el suelo, esperaban el suave compuesto de alubias y patatas.

—¡Cuando el día está de pulgas, no vale mudarse...!—exclamó el arenero filosóficamente.

Y levantándose, emprendió de nuevo su camino, calle de Ferraz arriba, gritando:

—¡Arena...! ¡El arenerooo...!

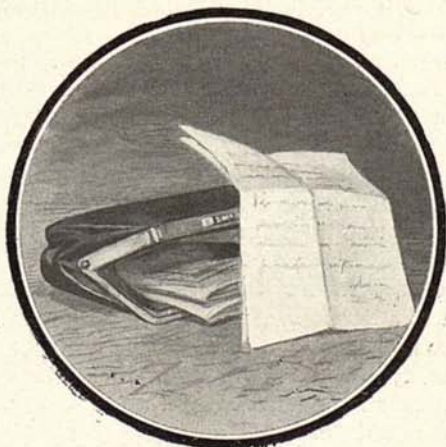
El granujilla dió vista á un edificio inmenso, sombrío, de moderna construcción, en el que se abrían ventanitas guarnecidas de gruesos barrotes de hierro que parecían boquetes de tétricos nichos que guardaban el cadáver legal de un hombre vivo.

Algo se le oprimió el pecho al muchacho á la vista de aquella triste y silenciosa mansión que lleva el nombre de Cárcel Modelo, y en cuya puerta principal se lee esta máxima que debió escribir la caridad:

ODIA EL DELITO Y COMPADECE AL DELINCUENTE

La lectura de esta sentencia produjo en el granujilla un escalofrío. No sin cierto terror, abandonó aquellos lugares.

Continuará.





LA SIEMBRA

LA PATATA

Es de origen americano; procede de Chile ó del Perú, no se sabe á punto fijo; pero sí se está cierto de que la trajeron á Europa, como tantas otras cosas, los españoles.

Donde primero se cultivó fué en nuestra patria; pero sólo como planta rara que ningún valor y utilidad reportaba. Más tarde, y siempre á título de curiosidad, se sembraron patatas en Italia, en Inglaterra, en Alemania y en Francia.

Parece que el primer país que las aplicó á la alimentación humana fué Irlanda, luego Inglaterra y después Alemania, en donde al principio encontraban que era comida propia tan sólo de gentes ordinarias y de poco más ó menos.

La patata, cuyo uso está hoy tan extendido, y que constituye una de las bases de la alimentación, entre las clases pobres especialmente, ha tardado muchos años en ser admitida y se la ha combatido con las mayores calumnias, tan graves algunas como la de asegurar que ocasionaba la lepra á quienes la comían.

Pero allá por la mitad del siglo XVIII había en Francia un sabio agrónomo, llamado Antonio Agustín Parmentier, el cual, hecho prisionero por los alemanes, tuvo ocasión durante su cautiverio de convencerse por sí mismo de la bondad de la patata como alimento, y se con-

virtio en su más ardiente patriota y propagandista, aprovechando la circunstancia de que hubo por aquel tiempo un año de terrible escasez, que él quiso combatir aconsejando la plantación y el consumo de patatas.

Poco á poco se fué alicionando la gente á comerlas en cualquiera de las distintas formas en que se preparan, y he aquí cómo la firme voluntad y la constancia de un hombre lograron enriquecer con un alimento más el ya variado caudal de las substancias con que la humanidad se nutre.

La patata es una planta que se da todos los años. Suelen alcanzar sus tallos una altura de 55 ó de 60 centímetros; sus hojas son verde obscuro, sus flores son blancas ó tienen un tinte violáceo; los frutos que



LA RECOLECCIÓN

producen llegan á tener un tamaño como el de las cerezas. Lo que caracteriza esta planta son los tubérculos que tiene bajo tierra, en masas más ó menos irregulares y revistiendo formas distintas.

La inmensa ventaja que tiene esta planta es que se cultiva con éxito en todos los climas, aunque, por punto general, se produce mejor en los templados.

Hay dos formas de cultivarla; sembrando las semillas que sus frutos contienen, ó metiendo las patatas, cortadas en pedazos, dentro de la tierra. Este procedimiento es el más usual y el más práctico.

Ha habido discusiones acerca de si conviene plantar la patata entera, si debe cortársela en dos pedazos, enterrando cada parte separadamente, ó si es más productiva la siembra cortando el tubérculo en cuatro pedazos. Los experimentos hechos aconsejan hacerlo así, por ser lo que da mejor resultado.

JUAN ANTON



CÓMO SE EDUCÓ PILUCA

XV

Voy á concluir de contar aquello, para decirles a ustedes otras cosas. ¿Se acuerdan de que dí un duro al niño aquel que se llamaba Luis? ¡Pues también se puso á llorar, y la mamá amarilla también! ¡Pero Señor! pensaba yo. ¿Será que lloran todos los que se les da un duro? ¡Pues á mí me dió papá dos, y sólo me dieron ganas de reír! Y además, yo no tengo la culpa de que lloren. Cuando bajábamos la escalera, la dije á la *miss*:

—¡No me regañe, *miss*, porque he hecho llorar á Luis y á todos; yo no tengo ni pizca de culpa! Es... que ese diablillo que dice usted que tengo dentro de la tripa, que me hizo tirar el almirez y las planchas... me decía hoy: ¡Da un duro, Piluca, da un duro! ¡Yo no lo pude remediar, no creí que llorarían por eso! Pues la *miss* me cogió y me dió muchísimos besos, diciendo:

—¡Si el diablillo se fué, Pilarcita! Ahora tienes dentro un angelito que te ha inspirado la idea de socorrer á esas pobres gentes, que, gracias á ti, comerán unos días. Y lloraban de alegría y de agradecimiento.

—Pues yo cuando estoy alegre me río—dije.

—¡Quiera Dios que siempre sea así!—contestó la *miss*.—¡Cuando se llora de alegría, es porque el corazón está ya muy lacerado!

—¡Muy qué...?—pregunté.

—Nada, nenita, no lo entiendes aún. Sólo debes fijarte hoy en dos cosas: una, en que has sido tan buena como un ángel del cielo. Otra, que con los dos duros que no fueron bastantes á satisfacer tus caprichitos de niña mimosa, has hecho felices por hoy á dos familias; lo

que no te alcanzó para juguetes, es suficiente para callar el hambre de dos viejos, una enferma y un niño. No lo olvides jamás, Pilarcita.

—Bueno, *miss*; *je ne l'oublierai pas, mademoiselle*.

Cuando llegué á casa, la *miss* lo contó todito. ¿Pero ven ustedes qué charlatana? Pues es el caso... que mamá y las hermanas casi lloraron al darme besos, y papá también tenía los ojos mojados.

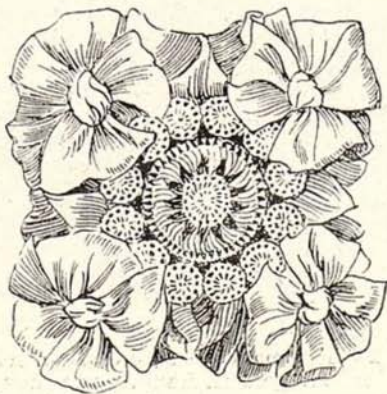
Ahora vamos á otra cosa. He hecho un acerico la mar de reterepeñoso para regalárselo á mis hermanas para su tocador. Mírenle ustedes.

¡Huy, qué trabajo nos ha costado á la *miss* y á mí! Tuvimos que poner muchísimos alfileritos jugando al corro, en una almohadilla, y allí fuimos enganchando una seda de color lila, y luego la *miss* pasaba una aguja y yo la sacaba... Total, que resultaron unas estrellas muy brillantes y muy preciosas. Después, la *miss* llenó de serrín una bolsa de terciopelo de color heliotropo, colocó en seguida las estrellas y puso unos lazos muy bonitos en las esquinas. Cuando se lo llevé á su tocador se pusieron loquititas de contentas y me dieron muchos bombones. También tengo que decir que ahora le doy á Baby todos los días compota de melocotón, que la gusta una atrocidad, y que me sale riquísima.

¿Quiéren ustedes saber cómo lo hago? Pues compré un kilo de melocotones, medio kilo de azúcar y una copita de ron. Pelé los melocotones y los quité el hueso. Los puse en un perol y los arrimé á la lumbre, y se estuvieron cociendo un ratito con la misma agua que tienen ellos. Cuando ya estaban completamente cocidos, eché la copa de ron, los tapé, los quité de la lumbre, y cuando estaban fríos nos los comimos. Estaban tan riquísimos, que la *miss* dijo:

—Esto, Pilarcita, además de comérselo Baby, lo vamos á llevar á la mesa para que vean tus papás que la chiquitina de la casa sabe hacer un dulce de melocotón riquísimo.

MARÍA A. OSSORIO Y GALLARDO





LA DEFENSA DE ZARAGOZA

Como testimonio imparcial de la heroicidad de los defensores de Zaragoza, citaremos al mismo general Lannes, que mandaba el Ejército sitiador. En cartas al Emperador le decía: «Jamás, señor, he visto tanto encarnizamiento como el que los enemigos ponen en defender esta plaza. Tenemos

que establecer un sitio para cada casa... En este momento arde la ciudad por tres ó cuatro puntos y está aplastada por las bombas; pero nada intimida á nuestros enemigos.» Un episodio de esta heroica defensa representa el cuadro del notable pintor Nicolás Megía.



UNA FACTORÍA EUROPEA

CANTON

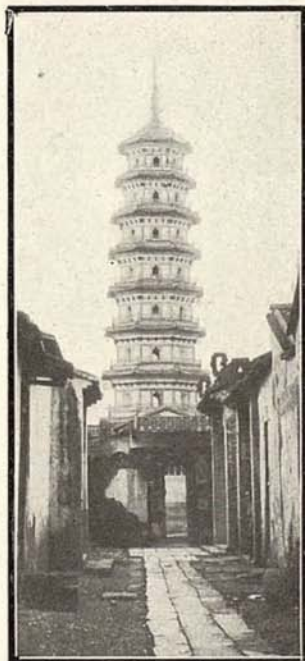
Esta ciudad de China ha sido durante muchos años el único puerto del Celeste Imperio abierto al comercio europeo. Los portugueses fueron en él admitidos desde 1517, y los ingleses llegaron en 1634. En el año 1856, provocados éstos por los chinos que continuamente asaltaban los barcos mercantes, castigaron duramente estas piraterías bombardeando la ciudad. Siguió á esto una guerra contra el Imperio chino, en la que tomó parte Francia, y los aliados se apoderaron de Cantón, que conservaron en su poder desde 1857 hasta 1862.

Es Cantón capitál del virreinato de Kuau, y su nombre en chino es Kuau-Cheu-Fu. Una de las ciudades más ricas y pobladas del Imperio, tiene 1.600.000 habitantes, entre los que se cuentan unos 256 europeos. Forma la ciudad un intrincado laberinto de callejones sucios, estrechos y tortuosos, en el que todas las casas son tiendas. Tienen todas sus calles la particularidad de estar cerradas en sus extremos por empalizadas, que sólo permanecen abiertas durante el día, pues desde que anochece quedan las calles aisladas, como medida de precaución contra los ladrones. Estos se asegura que causan gran número de víctimas en los incendios, que son allí frecuentes y terribles por la aglomeración de las construcciones, en las que predominan las maderas y barnices.

Para la vigilancia de estos siniestros hay en cada barrio una alta

torre de madera, en la que está de guardia un vigía para avisar en cuanto divisa llamas ó humo. La ciudad está rodeada de una muralla de 25 á 40 pies de alta y unos 30 de espesor, construída con grandes ladrillos sobre cimientos en granito, y dentro hay otro muro de 10 pies de espesor que en dirección de N. á S. separa la ciudad china de la tártara, donde habitan las familias y las tropas de esta raza. La gran muralla exterior abarca unos nueve kilómetros de circuito. Fuera de ella hay tanta población como dentro.

Se cuentan entre sus más importantes edificios el templo de los Tormentos, en el cual aparecen representados todos los suplicios del infierno budista; el templo de los Quinientos genios, donde este número de estatuas doradas, de tamaño colosal, representan los principales discípulos de Buda; el llamado de los *Cerdos sagrados* ó de Honau; la Universidad, serie de edificios divididos en celdas, y el cuartel de los cinco pisos, situado sobre una colina.



LA TORRE DE PORCELANA



LA RÍA DE CANTÓN



EL CARACOL

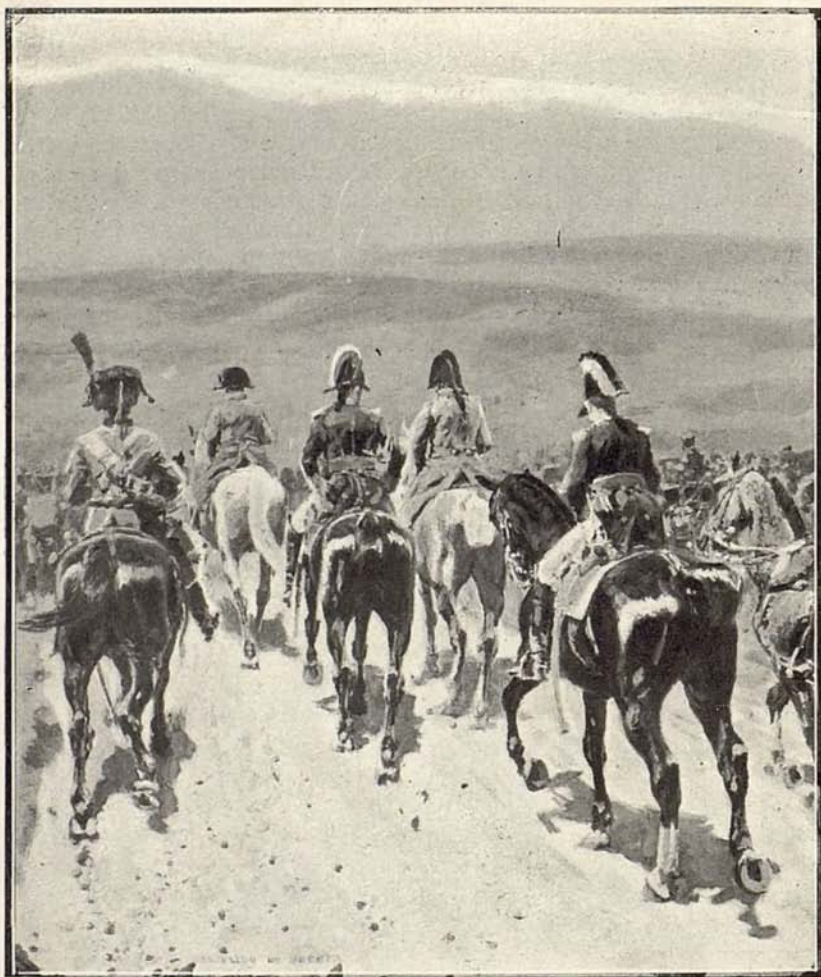
Estimulados por el deseo de llegar cuanto antes al pueblo, cuya torre se divisaba ya cercana, aguijaban padre e hijo al escuálido borriquillo para que moviera con más ligereza sus ya cansadas piernas. El sol abrileño quemaba como si fuera de Agosto. La carretera se tendía sinuosa entre un mar de verdes olas, que no otra cosa parecía el ancho campo cubierto de hermosos trigales. Arrastraba el pobre borriquillo un carrojo destartado y chirriante, á cuyo lado caminaban sus dueños. Iban éstos desnudos de pie y pierna. Eran, como hemos dicho, padre é hijo y tenían por oficio caminar de lugar en lugar, pararse en las esquinas, tocar una pieza antediluviana en un clarinete y un tambor prehistóricos y distraer al público con cuatro cabriolas y un par de payasadas que le arrancaran aplausos y céntimos. En fin, eran saltimbanquis ó titiriteros. Claro está, que cuando trabajaban ante el público, no iban, como por el camino, descalzos, vestidos con trajes llenos de manchas y jirones y cubiertas las cabezas con unos sombreros cuyo día de estreno se perdía en la noche de los tiempos. Para tan solemnes ocasiones guardaban unos trajes de gasa, finos y sutiles, á trechos sonrosados, á pedazos blanquecinos y á trozos grasientos. Embutidas en ellos sus negras carnes y bien peinados los disformes tupés, se embadurnaban el rostro y las manos con yeso; que la pobreza del oficio no permitía distraer unas pesetas en suaves polvos de arroz. Y de esta guisa se presentaban ante los aldeanos, tan satisfechos como si fueran eminentes *divas* amigas de cimbrear los cuernos y de esgrimir los brazos empedrados de relumbrantes jovas.

iban callados y silenciosos, cuando el jovenzuelo llamó á su padre para que viera un caracol que, ajeno á sus contempladores, se deslizaba por la fresca hierba de un acirate. Llevaba—como vulgarmente se dice—la casa áuestas; esto es, su amarillenta concha espiral, la cual, agitada por los impulsos del caminar, tenía extrañas oscilaciones. El rastrero molusco avanzaba replegándose sobre su viscoso cuerpo y asestando hacia adelante las cuatro sensibles antenas de su cabeza. El titiritero, tras contemplarlo, hubo de entristecerse y, aunque no habló palabra, sin duda por no apurar á su hijo, es lo cierto que allá en los adentros de su memoria representósele toda su existencia como figura tétrica y retorcida, arrancada de una aguafuerte goyesca. El también, como el humilde molusco, había caminado siempre llevando su casa consigo.



Aquel carrejo que chirriaba á su lado, había sido su cuna, su escuela en su tálamo, y bajo su apabullado toldo se habían deslizado todos sus días, tristes ó alegres. El también, como el caracol, había vivido arrastrándose, arrastrándose por los caminos, envuelto en la asfixiante aureola de los soleados días de Agosto ó en el grisáceo nimbo de los brumosos de Diciembre. En esto vino su hijo y puso el caracol sobre un varal del carro. Al pronto, asustado el molusco, se escondió en su concha; pero pasados unos instantes, salió y tornó á arrastrarse... Entonces notó el titiritero que tras el caracol iba apareciendo una baba tan sutil y resplandeciente como una hebra de plata, que brillaba unos momentos antes de borrarse... Y pensó con tristeza en su vida, semejante á aquella baba en su fulgir breve y en su extinguirse eterno...

José A. LUENGO



NAPOLEÓN ABANDONA A CHAMARTÍN DE LA ROSA

Cuando Napoleón vino en persona á dirigir la guerra de España, al frente de su Ejército, reforzado con tropas aguerridas del Norte y centro de Europa, en número de 250.000 hombres, fijó su cuartel imperial en el vecino pueblo de Chamartín de la Rosa. Desde allí actuaba como Soberano de España, y expedía decretos imperiales estableciendo radicales reformas en el orden político y económico del reino, creando cuerpos de guardia nacional en Madrid y provincias, dominadas por los franceses. El 21 de Diciembre de 1808 abandonó de repente á Chamartín y tomó el camino de Castilla la Vieja. El paso de Napoleón por el Guadarrama fué penosísimo.

TIMOTEO, EL AMBICIOSO



Estando descansando Timoteo, sintió que detrás de la cerca hablaban dos viejas con mucho sigilo.



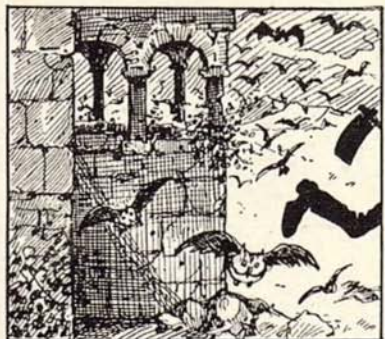
Oyéndolas decir el sitio en que á la media noche enterraban los gnomos grandísimos tesoros.



Decidido á robarles aquellas riquezas, en cuanto tocan á la oración abandona el pueblo.



Como la noche comienza obscurísima y el camino es malo, marcha entre tropezones y caída.



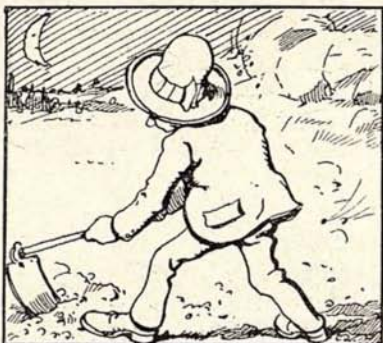
Al pasar por las ruinas de un antiguo convento, las aves nocturnas, espantadas, le dan un susto atroz.



Llega al sitio indicado, y como empieza á salir la luna, se esconde y espera á que den las doce.



A la hora indicada viene un gnomo, que se pone á cavar con verdadero frenesí durante una hora.



En cuanto se va, sale Timoteo de su escondite y cava en el mismo sitio con verdadera ansia



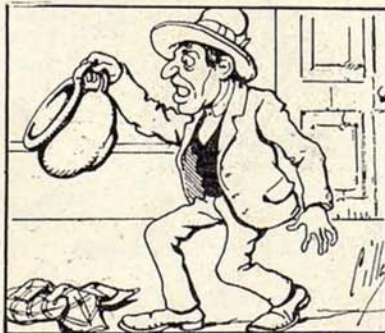
Cuando hizo un hoyo bastante grande, mete los brazos y, ¡oh delicia!, tropieza con un objeto duro.



Lo envuelve en un pañuelo y sale corriendo, metiéndose, en su aturdimiento, de patitas en el río.



Con mil trabajos y chorreando, sale por fin, sin soltar, en medio del peligro, el incalculable tesoro.



Una vez en casa, pasados sustos y fatigas, ve, con espanto, que no era un buchero de onzas... ¡era... otra cosa!